

MUJERES EXTRAÑAS

Antología clásica de cuentos sobrenaturales
1852-1923

Editado por
Lisa Morton y Leslie S. Klinger



Traducción de Mónica Herrero

ÍNDICE

Introducción	11
<i>Lisa Morton y Leslie S. Klingler</i>	
El cuento de la vieja niñera.....	17
<i>Elizabeth Cleghorn Gaskell, 1810-1865</i>	
La masa de piedra lunar.....	39
<i>Harriet Prescott Spofford, 1835-1921</i>	
Perdidos en una pirámide o la maldición de la momia	55
<i>Louisa May Alcott, 1832-1888</i>	
¿Qué pasaba?	67
<i>Elizabeth Stuart Phelps, 1844-1911</i>	
Una casa itinerante	87
<i>Emma Frances Dawson, 1839-1926</i>	
Nut Bush Farm	109
<i>Mrs. J. H. (Charlotte) Riddell, 1832-1906</i>	
El hombre gris.....	147
<i>Sarah Orne Jewett, 1849-1909</i>	
En un mundo lejano	155
<i>Olive Schreiner, 1855-1920</i>	
La glicina gigante	159
<i>Charlotte Perkins Gilman, 1860-1935</i>	
La dama con los claveles.....	169
<i>Marie Corelli, 1855-1924</i>	
La mujer loba.....	181
<i>Clemence Housman, 1961-1955</i>	
Transmigración.....	223
<i>Dora Sigerson Shorter, 1866-1918</i>	

El viento en el rosal	237
<i>Mary E. Wilkins Freeman, 1852-1939</i>	
El Halloween de la banshee	255
<i>Herminie Templeton Kavanagh, 1861-1933</i>	
En el cuarto cerrado	275
<i>Frances Hodgson Burnett, 1849-1924</i>	
El bebé de ensueño.....	303
<i>Olivia Howard Dunbar, 1873-1953</i>	
La tercera droga.....	317
<i>E. Bland (Edith Nesbit), 1858-1924</i>	
El cuento del buscador de oro	335
<i>Mary Austin, 1868-1934</i>	
Crepúsculo	347
<i>Marjorie Bowen, 1885-1952</i>	
Los dioses porcinos.....	357
<i>Regina Miriam Bloch, 1889-1938</i>	
Jordan's End	367
<i>Ellen Glasgow, 1873-1945</i>	
Agradecimientos.....	383

INTRODUCCIÓN

Por Lisa Morton y Leslie S. Klinger

*...si bien nuestra autora puede olvidar la delicadeza de su sexo,
no es razón por la cual nosotros deberíamos hacerlo;
y, por lo tanto, desestimaremos la novela sin más comentarios.*

—tomado de la reseña de 1818 de *Frankenstein*,
de Mary Wollstonecraft Shelley,
en *The British Review*

Difícilmente se pueda culpar a quien estudia la historia literaria del cuento extraño, o de terror, de esperar encontrar un género desprovisto de escritoras mujeres, por lo menos en sus dos primeros siglos. Algunas de las autoras incluidas en este volumen —Charlotte Perkins Gilman, Mary Wilkins Freeman, Clemence Housman— fueron ya abordadas en estudios tempranos, como *Supernatural Horror in Literature* (1927), de H. P. Lovecraft; algunas serían aclamadas en trabajos posteriores más exhaustivos, como la *Enciclopedia Penguin del horror y lo sobrenatural* (1986); y otras encontrarían fama más tarde debido, sobre todo, a las adaptaciones cinematográficas de sus obras (Herminie Templeton Kavanagh con la película de Disney *Darby O’Gill y el Rey de los duendes* (1959), y Edith Nesbit con la serie de la BBC *Los niños del ferrocarril* de 1968). Pero las reimpresiones de las antologías de terror que se publicaron a lo largo del siglo xx incluyeron pocas historias escritas por mujeres o ninguna. Quizá a los editores de esos libros les preocupaba “la delicadeza de su sexo”.

Sin embargo, *hubo* mujeres que escribieron los primeros cuentos de terror; de hecho, las hubo y *muchas*. Durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando las tecnologías de la impresión permitieron la producción masiva de periódicos y revistas baratos, que necesitaban un constante suministro de material, muchas de las personas que proporcionaron este trabajo fueron escritoras mujeres. Las clases medias exigían material de lectura y el exceso de revistas, periódicos y libros económicos significaba un mercado robusto para los autores. Las mujeres tenían oportunidades de carrera limitadas y la escritura era, probablemente, más atractiva que muchos otros caminos posibles. Aunque el mundo de la edición estaba dominado por los hombres, escribir de manera anónima o utilizando nombres que sonaran masculinos (como “M. E. Braddon”) les dieron a las mujeres la oportunidad de entrar en el mercado. También era todavía una época en la cual quienes escribían tenían más libertad que en la actualidad para escribir en una variedad de estilos, eso que hoy denominamos *géneros*. Un escritor prolífico podía escribir historias de aventuras, cuentos románticos, historias domésticas, ficción de misterio o detectivesca, historias sobrenaturales; realmente, no había límites.

El espiritismo —la creencia de que la comunicación con espíritus podía ser vehiculizada por un médium en una sesión y de que podía ser probada científicamente (a pesar de la constante evidencia de lo contrario)— era ampliamente popular y, por ende, era esperable encontrar muchas escritoras del período produciendo cuentos de fantasmas. Sin embargo, los cuentos de fantasmas eran solo un tipo de historia sobrenatural producida por las escritoras mujeres de la época. También escribieron historias de momias, mujeres lobas, científicos locos, maldiciones antiguas y *banshees* o almas en pena. Escribieron cuentos de horror cósmico medio siglo antes de que Lovecraft siquiera apoyara la lapicera en el papel y elaboraron *westerns* extraños, oscuras fábulas metafísicas y exquisitas gemas que provocan terror y simplemente son inclasificables.

Por supuesto, esta amplitud de temas no solo caracterizó a las escritoras mujeres; sin embargo, hay algunos atributos de gran parte de su obra que son distintivamente femeninos. No es sorprendente que muchos cuentos del siglo XIX y de principios del siglo XX presenten a mujeres involucradas en búsquedas tradicionalmente femeninas —la familia, los hijos e incluso la jardinería figuran de manera destacada en sus ficciones—. Veamos, por ejemplo, el terror y el *pathos* que rodea a los jóvenes en el corazón de “La glicina gigante”, de Charlotte Perkins Gilman; “El viento en el rosal”, de Mary Wilkins Freeman;

“¿Qué pasaba?”, de Elizabeth Stuart Phelps, y “El bebé de ensueño”, de Olivia Howard Dunbar. En este último cuento, la autora se dirige directamente a las mujeres sin hijos, incluso si sus vidas han sido por lo demás satisfactorias.

Estas tempranas autoras mujeres introducían a menudo el comentario social en sus obras, especialmente cuestiones relativas al rol de las mujeres y a las luchas de clase. El movimiento sufragista y las reformas laborales fueron importantes a lo largo de este período; de hecho, la inmensa mayoría de las mujeres incluidas en este libro participaron de ellos, así como del socialismo (y, por supuesto, del espiritualismo). Durante el siglo XIX, el trabajo como criada era una de las pocas opciones disponibles para las mujeres que o no habían nacido en el seno de una familia de clase media o alta, o eran lo suficientemente desafortunadas como para haber quedado fuera de ellas, y varios de estos cuentos —“El cuento de la vieja niñera”, de Elizabeth Gaskell; “Transmigración”, de Dora Sigerson Shorter; “En el cuarto cerrado”, de Frances Hodgson Burnett— se narran desde el punto de vista de las criadas en una familia rica o de mujeres muy pobres. Un relato como “Crepúsculo”, de Marjorie Bowen, recorrió el camino inverso y convirtió a una de las figuras más decadentes y ricas de la historia (Lucrecia Borgia) en una visión pesadilleza que aterroriza a un hombre joven, mientras que “Jordan’s End”, de Ellen Glasgow, sigue la macabra caída de una familia que alguna vez fue importante. Los cuentos “En un mundo lejano”, de Olive Schreiner, y “Los dioses porcinos”, de Miriam Bloch, utilizan metáforas oscuras y ricas —rematadas con sacrificios sangrientos— para ilustrar enfermedades sociales como la guerra, la codicia y la disparidad entre los géneros en las relaciones. Y, después, están los cuentos de fantasmas, que hablan sobre cómo estas autoras romantizaron y, a la vez, temieron al pasado.

Mientras que en la actualidad parece francamente impactante pensar que alguien podía decidir mantener una familia con la escritura y, de hecho, *comenzar a escribir* en un lapso de tiempo bastante corto, varias escritoras incluidas aquí —mujeres que, de repente, se encontraron sin un padre o un marido y con hermanas, hijos o padres ancianos que cuidar— ingresaron en el campo de la escritura justamente debido a esa razón. Ann Radcliffe, una de las novelistas más importantes en los años anteriores a Jane Austen y a las hermanas Brontë, fue la autora mejor paga de la década de 1790 y, un siglo después, Marie Corelli —cuyo encantador y espeluznante cuento “La dama con los claveles” es un claro ejemplo de su trabajo— tendría ese honor en la década de 1890. Sin embargo, incluso una escritora de cuentos cortos con éxito mode-

rado podía, en esa época, mantener a una familia con sus ingresos sin tener que recurrir a una vida penosa en una fábrica o a ser empleada en una familia rica. La escritura también les dio a las mujeres la oportunidad de recibir la misma paga que los hombres, sobre todo si estaban satisfechas con el anonimato. Dos de las más famosas autoras, que en principio se dedicaron a la escritura debido a necesidades financieras (y ambas aparecen en este libro), fueron el ícono feminista Charlotte Perkins Gilman —quien, de paso, fue una usuaria temprana de la autopublicación— y Frances Hodgson Burnett, quien, al igual que Louisa May Alcott, se volvió conocida por sus libros infantiles, aunque las dos disfrutaban escribiendo cuentos sobrenaturales (de hecho, Alcott *prefería* escribir ese tipo de cuentos). Charlotte Riddell —otra autora que tomó la pluma para mantenerse a sí misma y a su madre— produjo cuentos de fantasmas que estaban empapados con el folklore del pasado, con argumentos a menudo dependientes de la antigua tradición de una aparición que se originaba en un asesinato (ver “Nut Bush Farm”). “El hombre gris”, de Sarah Orne Jewett, escrito cerca de cincuenta años después de “El anciano campeón”, de Nathaniel Hawthorne, casi se lee como una respuesta femenina a ese cuento anterior; mientras que el fantasma de Hawthorne regresa para involucrarse en la batalla, el espectro de Jewett participa de actividades más apacibles como la enseñanza y la jardinería (sin embargo, Jewett también captura el toque de ironía que resalta el cuento de Hawthorne).

Mientras que muchas de estas mujeres seguramente escribieron tan solo por la simple necesidad escritural de contar un cuento, hay otra diferencia clave entre ellas y sus contrapartidas masculinas: llámese ego o ambición... o falta de ellos, porque muchas de estas mujeres escribieron bajo seudónimos, utilizaron sus apellidos de casadas (Riddell y Gaskell fueron a menudo conocidas como Mrs. J. H. Riddell y Mrs. Gaskell) o en algunas situaciones — como el impactante cuento extraño de Harriet Spofford “La masa de piedra lunar” — sin ningún tipo de firma. Muchas de estas autoras eran amables con los escritores varones que conseguían más fama que ellas o eran muy admiradas por hombres famosos, solo para ver sus propios nombres perderse en una semioscuridad. Emma Frances Dawson, cuya colección *An Itinerant House and Other Stories* es ahora una codiciada rareza en el mercado de libros usados, fue una gran favorita de Ambrose Bierce, quien a menudo oficiaba de editor; sin embargo, se conjetura que Dawson murió (a la edad de 87 años) de inanición. De igual forma, la misteriosa Regina Miriam Bloch, de quien alguna vez se rumoreó que era la gran Rebecca West y a quien los periódicos británicos

habían aclamado cuando sus dos colecciones de cuentos cortos, *The Swine-Gods and Other Visions* y *The Book of Strange Loves*, fueron publicadas en 1917 y 1918 respectivamente, no recibió ni una sola mención en ningún diario cuando murió en 1939.

Afortunadamente, el surgimiento del género académico y, en los últimos años, los estudios feministas han (merecidamente) traído a algunas de estas autoras de nuevo a un primer plano, y pequeñas editoriales refinadas como Ash-Tree Press han publicado hermosas ediciones de sus obras. Esperamos que este volumen sirva para continuar introduciendo más de estas obras talentosas —y *muy* oscuras— a los lectores modernos.

Nota sobre el proceso de selección

Analizamos en profundidad, para incluir en este libro, más de cincuenta cuentos (escritos por cincuenta autoras). Leímos estudios críticos, rastreamos viejas publicaciones periódicas y antologías y, en un caso (el de Regina Miriam Bloch) incluso fotografiamos las páginas de un libro de las Colecciones Especiales de una biblioteca universitaria. Lamentablemente, al final, un editor solo puede imprimir un número limitado de páginas; por lo tanto, nos vimos forzados a reducir nuestra lista inicial a menos de la mitad de los cuentos que nos gustaron. Sopesamos nuestras elecciones finales por su importancia en el género y por cuán bien encajan en nuestra visión para este libro, pero —ante todo— elegimos cuentos que asustaran, perturbaran, hechizaran, divirtieran y, por lo general, nos entretuvieran. Pedimos disculpas a los lectores que pueden tener un cuento preferido que no está reproducido aquí; si quisieran saber más sobre nuestras decisiones —y leer algunos de los cuentos que no pudimos incluir—, por favor, visiten nuestra página www.weirdwomenbook.com.

LA MASA DE PIEDRA LUNAR

Harriet Prescott Spofford
1835-1921





La escritora estadounidense Harriet Prescott Spofford (1835-1921) vivió en Nueva Inglaterra toda su vida. Con una carrera que abarca más de sesenta años, escribió una gran cantidad de novelas, cuentos cortos y poesía, lo que la convirtió en una de las autoras más ampliamente publicadas en Estados Unidos. En 1865, se casó y tomó el nombre de su esposo, Spofford, y continuó escribiendo exhaustivamente en varios géneros. Su primera historia policial, “En un sótano”, publicada en 1859, apareció bajo un seudónimo, lo que hizo que los editores creyeran que era una traducción de Dumas o Balzac. En su obra de 1865, “Mr. Furbush”, creó el primer personaje de detective en serie, el policía epónimo, que apareció en un segundo cuento en 1868. Emily Dickinson dijo que su relato de 1860 “Circunstancia” la había conmovido mucho. El siguiente relato, que apareció por primera vez en Harper’s New Monthly Magazine de octubre de 1968 sin firma, es un relato lovecraftiano acerca de la experiencia extraordinaria de un hombre con un fenómeno del más allá en un escenario en el Ártico, lugar que tanto Mary Shelley como Lovecraft utilizaban para explorar lo extraño.



Mis antepasados tenían cierta debilidad —pero de ninguna manera los afectaba solo a ellos— que vine a heredar en común con otros rasgos más o menos deseables.

Se trata del temor a morir en la pobreza. Me sucedía eso a pesar de tener una buena cuota de *pelf** invertida en ganado y tierras y barcos clíper con planchas de cobre, o lo que, en el burdo comercio de la época, hacía pasar como ese tipo de barcos en lugar de los verdaderos.

Había en particular un viejo ancestro —cuyo retrato cuelga ahora sobre la chimenea del salón, inclinado hacia adelante y bastante arruinado por el profuso calor y el combustible que allí se despide, pero que parece querer beneficiarse por completo de ese despilfarro calórico tan escandaloso mientras

* Dinero o riqueza. Palabra a menudo aplicada a lo adquirido mediante robo o fraude.

dures— del que se dice que, con frecuencia, derramaba lágrimas por el precio probable de su cena pero, al día siguiente, hacía enviar a su hogar una fuente de plata en la cual servir la comida que costaba cien veces el precio de esa cena. Encuentro que las inconsistencias de este individuo afloran constantemente en mi persona y, aunque bajo ninguna posibilidad se me podría llamar mezquino, confieso, sin embargo, que incluso en este momento mis prodigalidades me dan escalofríos.

Hace algunos años yo era el propietario de una antigua finca familiar, libre de preocupaciones, salvo por la madera que, como podría decirse, vale su peso en oro. Solo en el mundo, a excepción de un familiar no querido, y con un ingreso lo suficientemente abultado —como había descubierto entonces— que me permitía cubrir cualquier necesidad razonable. Además, estaba prometido en matrimonio con una mujer sin par y que —ahora lo creo— podría haber sido mía cualquier día que yo considerara adecuado reclamarla.

De que amaba a Eleanor tierna y verdaderamente no puede haber duda; también era cierto que deseaba traerla a casa, verla desplazándose de aquí para allá en mi vieja y oscura mansión, iluminándola con su juventud y belleza, sentada a la cabecera de mi mesa que destellaba con reliquias familiares de oro y plata, y que deseaba que ella hiciera de mis días y noches un sueño encantador.

Y, sin embargo, dudé. Revisé mi libreta de ahorro, hice cuentas. Tengo suficiente para uno, me dije; no estoy seguro de que sea suficiente para los dos. Eleanor, tan cultivada, requiere un cuidado delicado para toda la vida por venir; además, no son solo dos personas a considerar, porque si hubiera hijos, habría que contemplar la educación, la manutención, la provisión futura y la herencia. Todo esto nos empobrecería y, a menos que termináramos convirtiéndonos en meros familiares a cargo, para la óptica de mi visión excitada, tendríamos que esperar tan solo la fría caridad del mundo y el asilo. No creo que Eleanor haya pensado que yo tenía razón en gran parte del asunto que me pareció conveniente explicar, pero en su orgullo de doncella, sus labios estaban forzosamente sellados. Aunque se rio cuando le confesé mi temor del asilo y dijo que, por lo que a ella concernía, estaba agradecida de que existiera un refugio así, erigido, como lo estaba, en su montículo en el medio de campos verdes y bajo la sombra de robles de ramas gruesas; siempre había envidiado a las ancianas que se sentaban allí junto a su fuego de la tardecita contándose en voz baja unas a otras sus pequeños asuntos. Pero todas sus palabras parecieron meras bromas inútiles; por lo tanto, me demoré. Fui pretextando “cuando este barco zarpe, cuando ese dividendo esté declarado, cuando vea el resultado de

esta especulación...”. Los días fueron largos y se transformaron en años. Las noches eran deprimentes, pero yo creía que actuaba por principios y me enorgullecía de mi fortaleza y abnegación.

Además, el viejo Paul, un tío abuelo de parte de mi madre y el millonario de la familia, era un misógino encarnizado y consideraba que las mujeres, el matrimonio y los cuidados de la familia eran los tres errores incurables de una Providencia ignorada. Sabía de mi compromiso con Eleanor, pero mientras se mantuviera en esa instancia, no tenía nada que decir. En cambio, si me casaba, mi participación en sus millones se reduciría a una cifra. De todos modos, no era un hombre adorable ni viviría para siempre.

Aun así, con todos mis esfuerzos, yo amasaba fortuna: aunque de manera lenta para mis estándares, mis variadas empresas tuvieron diferente suerte; y un día, mi viejo tío Paul, muy interesado en una empresa tanto científica como comercial —pero demasiado viejo y endeble para ir él y con ganas de enviar a un apoderado, además de deseoso del dinero para la familia—, se ofreció a darme a mi regreso, financiada en forma segura y emitida a mi orden, la parte de su riqueza que sería mía a su muerte. La condición era que participara entre los que irían en busca del Paso del Noroeste.*

Fui al pueblo, sondeé el asunto con expertos —siempre tuve una veta aventurera, como el viejo Paul sabía bien— y, habiendo dedicado muchas horas a la búsqueda de ciencias menores, me ganó la debilidad por el peligro y, también, por el descubrimiento. Y cuando el *Albatros* zarpó —a pesar de las temblorosas protestas, ruegos y lágrimas de Eleanor y a pesar de la mirada seria de mis amigos—, yo era uno de los que estaba sobre la cubierta preparado para cualquier destino. Es verdad que ellos —mis compañeros— estaban guiados por razones más nobles; pero en cuanto a mí, sabiendo que mis asuntos estaban tan organizados que continuarían sin interrupción durante mi ausencia, le había dicho a Eleanor que no estaría pero que, si me iba y regresaba, dejando de lado el renombre de la empresa, la donación de mi tío Paul se haría efectiva y todo estaría entonces asegurado y tendríamos una vida afortunada. Si yo tenía algún deseo agudo o profundo de búsqueda, cualquier propósito de ayudar al crecimiento del mundo o perpetuar los secretos de sus formacio-

* Los exploradores y comerciantes del siglo xix buscaban el Paso del Noroeste, una ruta marítima del océano Atlántico al océano Pacífico que atravesaba el hielo hasta el norte de Canadá. Esta hazaña no se logró hasta cerca de cuarenta años después de que se escribiera este cuento.

nes —como de hecho pienso que debo haber tenido a mi regreso—, no fui consciente de ello en esa época. Pero iba a aprender que la muerte y la quietud no tienen reino en este globo y que, incluso en la amargura más extrema del frío y el hielo, están en un intercambio y movimiento perpetuos. Entonces, partimos. Todas las velas desplegadas con vientos favorables, inclinadas sobre el mar azul, bordeando costas irregulares y siempre avanzando hacia el misterio oscuro del norte.

No me detendré aquí a narrar sobre las postas danesas ni de la hospitalidad de los asentamientos de verano con sus prolongadas tardes de luz del ártico, ni tampoco los cansaré con cualquier descripción de lo succulentos que eran los rábanos que crecían bajos los paneles de vidrio en el suelo con mohos de Governor, un espacio escasamente más grande que el invernadero con helechos de una dama, y que parecían a nuestras bocas secas estar llenos de los frescos jugos de la tierra. Pero, mientras ese sol fresco y cristalino brillaba, seguimos avanzando, como nosotros mismos nos apresuramos por hacer, hacia arriba, a las guaridas y cavernas del polo cubiertas de hielo. Para la época en que el largo y azul crepúsculo se manifestó, cuando el frío duro y desapacible se asentó en toda la atmósfera y las grandes estrellas punzaron el cielo como puntas de lanzas, el *Albatros* fue remolcado hacia cuarteles de invierno; se lo inclinó, abordó e hizo virar para colocarlo sobre campos de hielo. En la oscuridad invernal, todos los tripulantes llevaron la vida que los prepararía para futuras exploraciones en latitudes más altas el año siguiente, aprendiendo los dialectos de los esquimales, los trucos de las focas y las morsas, haciendo largas exploraciones con los perros y Glipnu, su amo, entrando en negocios que no tenían nada que ver con nuestra empresa.

Luego, por fin, el sol de agosto nos liberó nuevamente; corrientes de agua turbulentas atravesaron los grandes témpanos; el *Albatros*, reequipado, desplegó todo su plumaje y abrió las alas una vez más hacia el norte, en busca del secreto que se asentaba allí dominando toda su sustancia.

Pasó un año desde la última vez que habíamos tenido noticias de casa, pero ¿quién pensaba en ello mientras nuestra quilla convertía en espuma las corrientes de los mares acerados y, día a día, nos acercaba a las cosas ocultas que buscábamos? En cuanto a mí, debo confesar que, estando entonces tan cerca del fin de la empresa como parecía, la curiosidad y la investigación absorbían cualquier otra facultad mía. Eleanor estaría enmoheciéndose de regreso en la tierra paterna; pero yo no estaba en condiciones de meditar sobre tal posibilidad (podría aumentar la donación de mi tío Paul con polvo de oro en